

Jean Giraudoux y su última novela: Eglantine

Especial para ATENEA.

¿SE lee en Chile a Jean Giraudoux? ¿Se le aprecia? Al hojear los periódicos y revistas chilenos que me suelen enviar uno que otro fiel amigo, observo con pesar que, cuando en ellos se habla de algún escritor francés contemporáneo, se transcribe más o menos textualmente la opinión de las revistas literarias francesas que llegan a Chile; pero ninguna opinión personal, que venga a probarme que la obra de los más importantes representantes de la literatura francesa actual sea leída allí con independencia de criterio, asimilada, digerida. (Salvo en el caso de Proust). Mi vivo deseo es, al escribir estas crónicas mensuales, no abastecer a los lectores de ATENEA con opiniones mías sobre tal o cual escritor, sino excitar en ellos la curiosidad de ir al texto y discutirlo. Sólo ante un público así se puede hablar de la obra tornasolada, inquieta e inquietante de Jean Giraudoux.

Sólo para situar bien nuestro autor recordaremos sus obras más conocidas: «L'École des Indifferents», «Suzanne et le Pacifique», «Siegfried et le Limousin» (premio Balzac), «Juliette au pays des hommes». Después, viene el reciente y total éxito de *Bella*.

Bella fué la confirmación y la coronación del talento personalísimo de Giraudoux: ese modo de tejer el interés de un libro, no alrededor de una acción bien establecida, sino en un conjunto de caracteres unidos entre sí por un hilo tenue de fantasías.

Tiene el arte eximio de dar a los aspectos más concretos de la vida contemporánea vislumbres de la más exquisita poesía. Para lograr este fin, Giraudoux tiene a su disposición el estilo más rico en imágenes que se pueda encontrar, tan rico, que suele desconcertar, y fatigar la atención como fatiga la vista una luz excesiva. *Bella* nos pareció superior a sus obras precedentes, pues sus mismos y tan delicados medios de expresión fueron puestos al servicio de una obra de rica sustancia humana. Hay allí tipos admirables, los de la familia de los sabios X, el de político Rebendart, del banquero Moise, del noble y anticuado Fontranges, de *Bella*, en fin, la amante.

Después de *Bella*, nuestra admiración por Giraudoux se hizo más confiada, más amplia. El vino a confirmar nuestras esperanzas dando, en una colección a tirada limitada de la editorial Kra, una novela corta «La premiere disparition de Gerone Bardini», que es una obra maestra. Se trata de un hombre que aburrido de la vida conyugal, sin ser sin embargo arrastrado por otra pasión, se va. Menos bordaditos y mostacillas multicolores en la forma, un estudio psicológico de acuidad admirable, nos dejan presentir, en *Gerone Bardini*, un Giraudoux digno de la gran tradición psicológica francesa. Al admirar esta última obra, nos dimos cuenta de lo que hay de artificial, de casi irritante, en el estilo mariposeante que hizo su fortuna literaria. Y confiados en la extraordinaria auto-crítica de Giraudoux, esperamos de él, en esta nueva vena sobria y fuerte, obras de sólida belleza.

Eglantine nos desiluciona un tanto, sin desalentarnos, sin embargo: encontramos allí un Giraudoux que abusa de su antiguo procedimiento: tomar un tema dado, y con cualquier pretexto, lanzarse en largos poemas en prosa sobre los temas más diversos: el sueño, la cama, las joyas, la juventud, la vejez, la belleza, las tiendas, el modo de hacer la ensalada, los perros, los caballos, el teléfono, los trajes escotados, etc., etc., etc. Claro que, en detalle, todo esto es adorable, leer un libro de Giraudoux es sentir continuamente cosquillas de admiración. Pero se sabe lo irritantes que se vuelven las cosquillas... En *Englan-*

tine, Giraudoux ha elegido un tema simple y bello: el atractivo que siente una linda muchacha por dos ancianos. El nos dice, sobre este aspecto de la vida sentimental de una criatura sin sensualidad, cosas absolutamente nuevas. Pero, a pesar de todo, en su conjunto, esta novela nos deja decepcionados, como jugar con burbujas de jabón.

• • •

Giraudoux y sus imitadores.—Giraudoux tiene que renovarse, no sólo para escapar a sí mismo, sino para escapar también a sus imitadores. Esos son numerosos. Nadie ha sido más imitado que Giraudoux, ni el mismo Paul Morand. Entre los que han asimilado más hábilmente su manera de escribir, se pueden señalar al autor de «Gueule d'Amor», André Beucler, y la Princesse Bibesco. Entre los que parecen torpemente escribir sus libros usando los borradores que Giraudoux ha tirado en su canasto de papeles, señalemos a Pierre Girard. Este último ha escrito últimamente una novela, «Connaissez mieux le coeur des femmes», que debió ser para Giraudoux tan desconcertante como mirarse en un espejo que pusiera en relieve todos nuestros defectos. Tener imitadores como Pierre Girard, debe dar ganas a un escritor de cambiar de mujer y de hijos, de nombre, de carácter, de rostro, de patria. Esperemos que eso salvará a Giraudoux de caer en las trampas que le tiende su talento.

* * *

Giraudoux en persona.—Giraudoux es un hombre muy largo y flaco, de unos cuarenta años más o menos. Los ojos más chispeantes tras gruesos lentes con borde de carey, lentes brujos, en cuyos reflejos se suele leer el porvenir de las jovencitas románticas. Es jefe de una importante sección del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ama el bridge y los deportes. No pierde ninguno de los grandes encuentros internacionales, y cuando se corre

un buen 400 metros, se imagina como deben tenderse, nerviosas, sus finas piernas de corredor.

Su modo de trabajar es el siguiente: escribe en forma de cuento el tema de su novela, y vuelve después a escribirlo adornando cada acontecimiento con profusas imaginaciones. Eso nos parece bastante peligroso... Demasiado parecido al procedimiento de los compositores de música de ópera...

* * *

De una y otra cosa.—En período de vacaciones, no se ha publicado ninguna obra de descollante interés, pero cuidado con Octubre y Noviembre: los editores sacan en esta época las novelas que estiman más interesantes, para tratar de conquistar los premios Goncourt, Femina, que se dan en esta época.

Hay en Francia actualmente una crisis del libro que hace más prudentes a los editores y les impide lanzar a tontas y a locas escritores jóvenes, con la esperanza de descubrir cada uno un nuevo Radiguet. Durante años, fué extremadamente difícil que se abrieran camino los jóvenes. Pero desde unos cuatro o cinco años atrás, se imprimieron cuantas necedades escribieron muchachos al salir del colegio. Resultado: se hacen cada día más frecuentes los casos lamentables de individuos que hubieran podido ser buenos médicos, o buenos despacheros, que son a los treinta años escritores fracasados y neurasténicos. Una selección más estricta entre los que demuestran tener, como se dice en Chile, «facilidad para escribir», nos permite esperar, para unos años más, un grupo de escritores más conscientes y de más auténtica valía.

✓ MARCELLE AUCLAIR.